

Spanish version

¿Qué es un huracán? ¿Y qué deja a su paso?

Esa fueron las primeras preguntas que me hice cuando comencé a trabajar con comunidades pesqueras en el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. La tercera fue: ¿por qué trabajo con pescadores del Archipiélago por videollamada?

He estado en San Andrés solo dos veces, ambas en 2022. Como muchas personas, fui como turista. Disfruté de sus aguas cristalinas, los manglares, los paisajes, la comida, las calles llenas de música y su gente alegre. Fue una experiencia hermosa. Pero superficial.

A los 22 años, una de mis primeras experiencias como antropóloga me llevó de regreso, aunque esta vez no al mar, sino a una videollamada. Mi tarea era investigar el rol de Coralina —la Corporación para el Desarrollo Sostenible del Archipiélago— en temas de calidad del agua, vida digna y pesca artesanal. Estaba entusiasmada. Había tenido una relación con una persona del Archipiélago y creía conocer el territorio. Creía.

San Andrés me parecía cercano. Pero no lo conocía desde sus heridas.

Me asignaron trabajar con pescadores artesanales raizales. Pensé que iría al territorio. Pero antes vinieron las lecturas técnicas, los informes, las figuras jurídicas, el estudio del maritorio como forma de vida, pensar en la dimensiones espaciales de la pesca, también en lo simbólico, en quiénes son los Raizales en Colombia, en el Archipiélago. Hasta que un día me dijeron:

— Habla con E, uno de los líderes de I-Fish Association.

Raizal, unos 50-55 años. Pescador de toda la vida. Y yo, nerviosa.

La reunión fue por Zoom. El internet fallaba. Casi no logramos hablar. Cuando finalmente nos conectamos, comenzó con un tono fuerte. No era enojo. Era furia. Una que venía de años, de ancestros, algo casi tan furioso como un Huracán.

Yo ya había enfrentado tensiones en otros contextos: con líderes wayuu en La Guajira o con pescadores de la ciénaga de la Zapatosa. Pero esta vez, la distancia digital lo hacía más difícil.

Lo que me dijo esa vez, en 2023, cambió el rumbo de mi vida profesional. Pase de querer dedicarme exclusivamente a la investigación a empezar un camino como defensora, como activista, como líder. Con 23 años no fue fácil iniciar el camino, con 25 años sigue siendo bastante complicado.

Yo pensaba dedicarme a la investigación. Pero esa conversación —tensa, llena de preguntas que no supe responder— lo cambió todo. Mi mejor amiga de la universidad, que estaba conmigo en la llamada, fue quien respondió casi todo, pues tiene más habilidades en términos de interacción en momentos de tensión que yo.

Desde ahí dejé de ser solo Ángela, la antropóloga investigadora. Me convertí en Ángela, la joven que se une a otras juventudes que luchan, se frustran, piensan, a veces sobre piensan y actúan por las pérdidas y los daños. Comencé a trabajar junto a jóvenes de Colombia, América Latina y el Caribe, con distintas realidades, conocimientos y luchas, que me llevan también a intentar luchar junto a juventudes en todas las latitudes.

Durante la llamada, E habló de los huracanes ETA e IOTA. De cómo en horas se destruyeron años de trabajo. Se perdió la cadena de frío, se dañaron motores, desaparecieron flotas pesqueras.

Antes de colgar, me dijo:

—Quiero que vengas. Que veas lo que quedó. Que escuches a los pescadores. Dígame la fecha y la hora en que llega, pa' que se coma un pescado de verdad. No como esos de la capital.

Solté una risa nerviosa. Soy autista, y ese tipo de interacciones me descolocan.

Él notó mi silencio:

—No se asuste. Pero tampoco se quede quieta. Allá en la capital les cuesta moverse del centro.

—Sí, señor. Que esté muy bien —logré responder.

Después vinieron dos llamadas más, ya sin mi amiga. Hablamos de la Sentencia T-333 de 2022, del Plan de Acción Estratégico. E decía:

—No tenemos la verdad absoluta, pero estamos dispuestos a discutir la nuestra con quien sea.

Y también dijo algo que me marcó para siempre:

“Porque nosotros tenemos derecho a re-unificar nuestra nación raizal.”

Ahí empecé a preguntarme: ¿hasta dónde llega Colombia? ¿Cómo se ve el Archipiélago desde el centro, desde la capital? ¿Como una postal? ¿Un destino turístico?, ¿una fotografía con un mar cristalino en Instagram?

Pienso también en cómo lo ve el Estado: como un punto de soberanía, una zona de conservación de arrecifes de coral. Pero ¿y la gente que creció ahí y vive ahí?

No fueron los datos ni los informes los que me hicieron entender. Fue escuchar a E. La técnica, la investigación, la figura jurídica, el concepto, la conceptualización, la caracterización, puede y se queda corta frente a la vivencia.

Lo que más me marcó no fue lo que se perdió físicamente, lo que se puede reparar económicamente, que por supuesto es esencial pensar en ello. Fue lo que ya no puede recuperarse:

El arraigo.

La esperanza de muchos jóvenes.

La cohesión de la comunidad

La soberanía alimentaria.

Muchos jóvenes se están yendo. A Barranquilla. A la capital del país, Bogotá, donde yo vivo.

Y entonces entendí:

Todo daño económico acarrea una pérdida irreversible.

Colombia casi no habla de pérdidas y daños. El mundo apenas empieza. Pero para mí, ese concepto se volvió una brújula.

La primera vez que lo escuché, no pensé en definiciones. Pensé en la pesca. En cómo es más que economía. Es forma de vida, visión del mundo, comunidad flotante, comida, soberanía alimentaria, una de las formas de mantener la economía en la isla.

Desde ahí nace mi liderazgo. Desde lo que me duele, lo que a veces asusta, pero también me mueve.

Aunque hoy entiendo mejor la distinción entre lo económico y lo no económico, el territorio no se divide tan fácilmente. Cuando ETA e IOTA pasaron, no solo se llevaron motores. Se llevaron mucho más.

Y E me lo dijo con claridad:

—No se asuste. Pero tampoco se quede quieta.

Desde entonces, me muevo. A veces con miedo. A veces sin rumbo. Me equivoco, dudo, aprendo. La confusión viene y va, pero no me detiene.

Entre la Red de Santiago, la meta global de adaptación, el fondo de pérdidas y daños, las discusiones sobre comunidades vulnerables versus países vulnerables, mi acción local con la Red de Jóvenes para la Reducción del Riesgo de Desastres de Colombia y mi participación regional con ENUVES Juventudes por Escazú.

Cuando hablo de los miedos pienso en una palabra lo extremo, lo extremo de un huracán. En Colombia la palabra utilizada en la acción frente a lo que no se espera es emergencia, cuando hablamos de fenómenos extremos la capacidad de respuesta deja un inmenso vacío que trae de la mano impactos en plural y con ello lo reparable y lo irreversible. Entonces, viene siempre a mi cabeza una pregunta que gira y a lo largo del globo en el que todos habitamos:

¿Qué hacemos si el mundo no está preparado para los impactos ?

English Version

What is a hurricane?

That was the first question I asked myself when I started working with fishing communities in the Archipelago of San Andrés, Providencia, and Santa Catalina.

I was 22 years old. It was one of my first experiences as an anthropologist.

I already knew the island. For a time, I had a relationship with someone from there. San Andrés felt familiar to me, but I didn't know what it was like to live it from its wounds.

I was assigned to work with artisanal fishermen. I thought I would go directly to the community, but no. First, literature reviews, technical reports, impact maps,... Until one day, the director of my professional internship told me:

—You should talk with E, one of the fishing leaders.

Raizal, 55 years old, a fisherman across his life.

And I was nervous. I knew it wouldn't be easy.

The meeting was via Zoom.

And from the start, there were problems. The internet wasn't working well. We could barely talk. When we finally connected, E, the leader, started talking. His tone was strong. not angry, furious.

I had already experienced tensions with Wayuu leaders in La Guajira or fishermen in the Zapatosa swamp. But this time, we were talking through screens. And that made it harder.

What he said stayed with me. He talked about hurricanes ETA and IOTA. About how, in a matter of hours, years of work were lost. The freezing chain was destroyed, and all the refrigerators were destroyed. Motors were damaged. Fishing fleets suffered losses.

— I want you to come — he told me before hanging up. — To see what's left, to listen to the fishermen.

And then, without changing his tone:

— Tell me the date and time you're arriving, so you can eat a real fish. Not like those from the capital.

I didn't know what to say. I let out a nervous laugh.

I'm autistic, and those interactions unsettle me.

He noticed my silence and replied:

— Don't be afraid. But don't just stand there paralysed either. Over there in the capital, it's hard for them to move from downtown. Right?

I could only say:

— Yes, sir, it's right. Take care.

Then we had two more calls. We talked about Sentence T-333 of 2022, and about the Strategic Action Plan for reconstruction.

But what stayed with me the most wasn't the data. It was his words.

"Don't be afraid and don't be paralysed"

That's how my path in activism began, and the defence that I prefer to call Advocacy for territorial and socio-environmental rights.

And also my obsession with a topic that doesn't let go of me. It's a loop of my mind: losses and damages.

Because when ETA and IOTA passed through the island, they didn't just take motors and boats.

They took away the roots.

They took away the hope of many young people.

— Many are leaving — E, the leader, told me. — To the capital, to Barranquilla. To where you live, in the capital without the sea.

And that's when I understood something that stayed with me to this day:

Every economic damage carries an irreversible loss.

Food sovereignty. Social cohesion. A sense of belonging.

That's not measured in numbers. But it is lost.

Colombia hardly speaks of losses and damages.

The world is just beginning.

Today, when someone says "climate action," I think of E's voice that still echoes in my head:

"Don't be scared, don't be paralysed."

Do I have eco-anxiety?

I don't know.

What I do know is that the crises left by climate change will not be paralyzed and neither will I.

The impacts don't wait.